



TOLSTOI

Celebridades.

Nuestra época de transición y de lucha atraviesa un período de malestar y descreimiento que fatiga todos los espíritus.

Al delirio producido por las victorias del progreso sucedió una reacción de dolorosa angustia, originada por la comparación entre la insignificancia de los resultados obtenidos y la grandeza de los que se esperaban.

Y si los libros inmortales son aquellos que analizan la existencia de los dolores humanos, en un momento dado de la historia, nuestro siglo no ha producido nada más interesante, bajo este concepto, que las obras de Tolstoi.

Corpulento significa en ruso Tolstoi, y descende de un emigrado prusiano que se llamaba *Dick*, y

por parte de madre de la princesa Gortschakow; desde su niñez, con las primeras lágrimas del sentimiento se revela en él una naturaleza excepcional, llena de aspiraciones elevadas.

Engañado por la duda, torcedor y tormento de las almas superiores; inquieto y quejoso hasta en sus placeres, buscando la verdad y no encontrándola en ninguna parte, aislado, solitario y errante por sus dominios de *Isnaña Poliana*, el gran pensador ruso combate por hallar una luz que ilumine las tinieblas de su espíritu, y todas las agitaciones de nuestro siglo pasan por su frente.

La constante evolución de sus dudas y sufrimientos le conduce á ese eterno *por qué*; á esa desesperada interrogación de la vida que pronuncian los seres conscientes; sólo las naturalezas vulgares aceptan el mundo sin comprenderlo ni censurarlo...

Tolstoi afirma que la sociedad actual está basada en el Egoísmo, el Mal y la Fuerza; que la hipocresía ha penetrado en todos los espíritus y vivimos entre falsedades y contradicciones, amontonadas en las grandes ciudades.

El menos observador podrá notar la división de los hombres en dos clases: los unos trabajadores, miserables, oprimidos; los otros vagos, dominadores, orgullosos, viviendo entre el lujo y las fiestas; y por extraño que parezca, la mayoría de la humanidad admite ese dualismo entre la conciencia que protesta de la realidad que aceptan, entre un régimen detestado y al mismo tiempo sostenido.

17 Diciembre 1899.

Con *Mi confesión*, *Los evangelios*, *Mi niñez*, *Recuerdos de Sebastopol* y *La corta del bosque*, que fueron sus primeras obras, Tolstoi levantó su voz tratando de hacer la vida digna de mejores aspiraciones, y ése es todo su mérito, toda su gloria.

El filósofo, el pensador vale más que el novelista; pero comprendiendo que la novela penetra en todos los hogares y es mejor vehículo para propagar las ideas, escribe *Voïna i mir* (Guerra y Paz), *Anna Karenine* y *Kreutzrova sonata* (La sonata de Kreutzer) que se traducen á todos los idiomas y provocan serias discusiones en el mundo literario.

Impregnado de los dogmas espiritualistas de las religiones asiáticas, se aproxima más al judaísmo que al cristianismo, como lo prueba su aspiración al *Dios Único*, símbolo de los hebreos.

Se le ataca por haber querido, según dicen, destruir la familia y el matrimonio; esto es exagerado: Tolstoi trata de corregir, de moralizar, y lo mismo en *La sonata de Kreutzer* que en *La novela del matrimonio* proclama la delicadeza de los sentimientos amorosos, asegurando que el amor de las madres es el único capaz de elevar á los hombres al amor de la humanidad.

Tolstoi no es un escéptico: desea la abolición de las miserias humanas; se dirige al bien y la dicha universales; no es profeta de la anarquía.

Sin caer en el pesimismo de *Nirvana*, choca contra las creencias generales y busca en la naturaleza el sentido de la vida y el camino de la perfección.

No hay que penetrar mucho en sus libros para encontrar el consuelo y la esperanza; basta recordar que sustituye el *Strugg for life* de Darwin por el *Amaos los unos á los otros* de Moisés y Jesús.

J. Pérez Guerrero.



Rima.

Sentado la otra tarde junto al río,
recordé la mañana de aquel día
en que sentiste por mí amor hastio;
y en mí ciego y amante desvario
la historia relaté de tu falsía.

Mas no abrigues desvelos ni temores
de que puedan perderte mis verdades.
Nunca fueron malvados mis amores...
Dejé en la tierra escritos tus favores
y escritas en el agua tus maldades.

Antonio Soler.



INDUSTRIAS NUEVAS

La industria adquiere proporciones alarmantes.

No hace mucho tiempo se descubrió una agencia que se dedicaba á vender títulos nobiliarios, y el difunto conde de Xiquena habló sobre el particular en la alta Cámara.

Hoy todo se falsifica, todo se convierte en materia comercial, y pronto tendremos agencias que hagan personajes á precios reducidos, ó académicos de la lengua, ó arzobispos, ó santos protomártires.

Y llegará el caso de que vaya á ver á un agente cualquier padre de familia y le hable así:

—Hombre, yo quisiera una credencial de santo económico y vengo á ver cuánto cuesta.

—Las tengo de varias clases: de santo á secas, de bienaventurado sencillo y de beato y confesor con barba corrida y sandalias. La credencial más cara es la de santo milagroso.

—¿Y cuánto vale?

—Doscientas pesetas sin hábito y con hábito doscientas quince.

—Perfectamente.

—Ahora necesito que escriba usted su historia para que figure en el Año Cristiano.

—Yo no sé escribir con buena ortografía, pero puede usted poner que soy mártir legítimo, porque me he casado con una habanera que se pasa el día en una mecedora chupando caramelos, sin cuidarse de lavar á los niños, ni de coser, ni pensar en otra cosa más que en su *Cubita independiente*.

—Le compadezco á usted.

—Además, tengo suegra, y entre ambas me están comiendo un costado. Cuando les niego algún capricho me llaman *sinvelgüensa* y me arañan el rostro.

—¡Qué atrocidad!

—Este ojo lo perdí á causa de un puñetazo que me dió mi mamá política porque dije que Maceo, que en paz descanse, era hombre muy ordinario.

—¿Cómo se llama usted?

—Salmonete.

—¿Y de nombre?

—Balbino.

—Bien; figurará usted en el calendario desde el próximo Enero con la siguiente denominación: *San Balbino Salmonete, mártir y tuerto*.

—Muchas gracias. Ahí tiene usted las doscientas pesetas.

—Trato hecho.

¡A qué tristes consecuencias puede conducirnos la especulación del hombre y cómo desacreditan las cosas más respetables los modernos caballeros de industria!

Luis Taboada.



LOS PATINADORES

Para los holgazanes, que en los grandes centros de población abundan que es una bendición de Dios, un día de nevada supone un día de huelga de precepto. Las escuelas, lo mismo que las aulas de los establecimientos de enseñanza, quedan punto menos que desiertas, pues la alegre tropa estudiantil sacude aquel día el yugo de la severa disciplina escolar y hace fiesta en honor de uno de los más atractivos y vistosos fenómenos de la naturaleza. En Madrid es el Retiro uno de los lugares más frecuentados por los vagos en días de nevada, y lo cierto es que hay que alabarles el gusto, porque el hermoso y dilatado parque ofrece en tales ocasiones el más pintoresco y encantador aspecto.

Aquella tarde, desafiando valerosamente los rigores de una temperatura muy propia del Polo Norte, ó por lo menos de la Siberia, fué mucha la gente desocupada que acudió al Retiro, tanto por admirar el maravilloso golpe de vista que ofrecía aquel paisaje totalmente nevado, cuanto por presenciar gratis la grotesca sesión de patines que, según costumbre, daban á la intemperie unos cuantos *golfos* desarrapados pertenecientes á lo más selecto y conspicuo del hampa madrileña y hués-

pedes nocturnos de la famosa *parrilla* del Teatro Real ó de las bienhechoras gáritas de Palacio.

Los patinadores habían elegido como lugar más público y á propósito para su diversión el estanque grande, cuyas aguas hallábanse totalmente heladas, y allí, á sus anchas, sin comprender el tremendo riesgo en que constantemente se hallaban, dedicábanse á ese peligroso *sport*, en el cual hacían verdaderos prodigios de habilidad y destreza.

La numerosa concurrencia que presenciaba el *espectáculo* aplaudió en distintas ocasiones los temerarios ejercicios de aquellos rapazuelos, á quienes el aplauso popular estimulaba á entregarse á ellos cada vez con más ardor y entusiasmo.

El final de la sesión se aproximaba, sin que ningún accidente desagradable hubiese turbado la alegría general; los patinadores continuaban cosechando aplausos; el público, del cual formaban parte individuos de todas las clases sociales, seguía con creciente interés las peripecias de la fiesta, celebrando con francas y ruidosas carcajadas las tremendas caídas que de vez en cuando daban aquéllos, sin más consecuencias que el natural porrazo y la consiguiente rechifla. Pero cuando mayor era el entusiasmo de unos y otros, cuando la animación llegaba á su período álgido, la multitud exhaló un prolongado grito de horror. Parte del hielo cedió al peso de los patinadores y tres de éstos desaparecieron rápidamente en el fondo del estanque.

Tan inmensa fué la estupefacción que el inesperado suceso causó en el público, que por el momento nadie pensó en acudir en socorro de aquellos desventurados, cuya muerte era segura... De pronto, un joven estudiante que embozado hasta los ojos en su airosa capa presenciaba el *espectáculo*, destacóse del apiñado grupo de curiosos de que formaba parte, y despojándose precipitadamente de sus ropas, que dejó allí abandonadas, traspuso la barandilla, y sin estímulos de ninguna clase, sin esperanza de ulterior recompensa y guiado sólo por sus nobilísimos sentimientos, haciendo los más arriesgados equilibrios para no rodar por aquella resbaladiza capa de hielo, llegó hasta el centro del estanque, donde había ocurrido la catástrofe, y sin medir la inmensidad del riesgo á que se lanzaba, arrojóse al agua, desapareciendo de la vista de la atónita multitud, que era testigo de aquella rápida y terrible escena, por el mismo agujero por donde momentos antes habían desaparecido los chicuelos. La ansiedad del público creció por momentos; las mujeres lloraban lamentando la infausta suerte de aquellos desdichados y la de su generoso salvador; los hombres admiraban el temerario arrojo de aquel héroe anónimo...

Sería imposible describir la ansiedad y la zozobra que en aquellos críticos instantes embargaban todos los corazones. Todos los ojos hallábanse fijos, clavados en aquel agujero por donde momentos antes habían desaparecido cuatro seres, tal vez impulsados por los misteriosos arcanos del destino, que acaso estarían luchando con el valor que presta la desesperación por escapar de una muerte segura, inevitable.

Un momento después la decoración había cambiado por completo, y á la profunda impresión que produjera aquella desgracia sucedieron las más estruendosas manifestaciones de regocijo. El joven estudiante, tras titánicos esfuerzos, logró salvar á los tres patinadores, los cuales no tardaron en aparecer sobre la helada superficie del estanque, sin otra consecuencia que el susto y el remojón consiguiente. La multitud aclamó con frenético entusiasmo al valeroso cuanto desinteresado héroe de aquella hazaña, quien con una modestia sin precedentes, procuraba sustraerse á tales testimonios de admiración, pensando solamente en secarse y vestirse, caso muy razonable, pues sería inútil decir que el pobre muchacho estaba calado hasta la médula de los huesos.

Cuando llegó al sitio donde había dejado su ropa, ¡oh sorpresa! su ropa no estaba allí.

¡Se la habían robado!

Manuel Soriano.

¡Oh! ¡El reporter!

«En el Hospital de la Princesa ha ingresado hoy un sujeto, llamado José Arias, con una herida incisa, que ha recibido en la calle de Carranza.»

(De un periódico de la noche, de cuyo título no quiero acordarme.)

¡Hay cosas extraordinarias!

Ese pobre señor Arias
(y conste que yo no quiero
burlarme del caballero
ni reirme de su mal)
ingresó en el Hospital,
perdida toda esperanza,
por efecto de una herida
recibida

¡en la calle de Carranza!

¡Válgame Dios soberano!
¿Qué sitio del cuerpo humano
será ése?

Comprendo que una lesión
interese

la paletilla, la mano
ó el pulmón;

pero nadie suponía
(¡digo, me parece á mí!)
que interesase una vía...
del barrio de Chamberí.

Lo confieso:
según eso,
¡todas me las den ahí!

Y es que, queridos lectores,
el cinismo
en todas partes impera,
y hoy abraza el periodismo,
sin rubores,
un cualquiera.

El más distinguido horterá
que sólo supo medir
lienzo, percal ó retor,
abandona el mostrador
y se dedica á escribir.
El pobrecito estudiante
que con el libro delante
se empeñó

en obrar «contra natura»

y que jamás aprobó
ni una sola asignatura;
el empleado modesto,
con una letra divina,
que desempeña su puesto
muy bien en una oficina,
y porque le da la gana
al jefe ó al oficial,
de la noche á la mañana
se encuentra sin credencial;
el que se ve muy tronado,
el hijo de un concejal,
el que está desocupado,
en fin, cualquier animal
de los que andan por ahí,
sin maldita la aprensión,
entra en una redacción
porque sí.

Ellos podrán no saber
sintaxis ni ortografía;
pero se dan á valer
y se exhiben noche y día.
¡Así está «el cuarto poder»!
¡Lo triste es que un adoquin
de estos que censuro, luego
se cree un Andrés Borrego
ó un Emilio Girardin!
¡Por lo cual, tan decidido
el hombre á escribir se lanza
que «un señor que se ha caído»
una herida ha recibido...
¡en la calle de Carranza!

Si; ya adivino lo que
van ustedes á decir:
¿Que tampoco sé escribir?
¡Ya lo sé!

Félix Limendoux.



MUERTOS Y VIVOS

D. Emilio Cotarelo y Mori acaba de publicar un volumen de más de 600 páginas, en el que, con inapreciable trabajo de investigación y mucha cultura de espíritu, reintegra á esta villa y corte de Madrid uno de sus hijos más ilustres, y, como autor madrileño y de época, el primero de todos. Decimos que lo reintegra porque la obra de D. Ramón de la Cruz fué muy conocida en su tiempo, pero pronto y en gran parte quedó abandonada en el fondo de los archivos, salvo algunas escasas compilaciones, y de aquellos archivos vuelve á surgir la noticia de lo enterrado, por obra y paciencia del Sr. Cotarelo.

No vamos á tratar del reciente libro. Nuestro trabajo se reduce á transcribir la dedicatoria y hacer consideraciones brevísimas, tan brevísimas como son compatibles con el articulo para periódicos.

La dedicatoria es: «*A la villa de Madrid, y en representación suya, á su Alcalde el Excmo. Sr. Marqués de Aguilar de Campóo ofrece este bosquejo biográfico de un gran madrileño, El Autor.*»

El Sr. Cotarelo ha querido cumplir así, más que con deberes que no tenía, con entusiasmos que ha sentido, y que yo le alabo. ¿Cómo cumplirá con los suyos la villa de Madrid al darle á conocer el Sr. Cotarelo los más sólidos fundamentos de la gloria de D. Ramón de la Cruz, acrecentando esta gloria quizás en dos tercios por las publicaciones inéditas de que se da cuenta y poniendo en circulación noticias peregrinas y puntualmente averiguadas del gran sainetero?

Y cuéntese que nada de esto se dice para contribuir á la glorificación ni provecho del Sr. Cotarelo, que allá se las entenderá con el señor Alcalde; sino para fin más alto y patriótico. Procuraré explicarme.

Poco después de las últimos desastres nacionales, si es que se sabe cuáles fueron los últimos, corrió la voz de que nos habia perdido el quiotismo, el ideal, el tufo heroico del pasado, aunque la reacción no tardó en imponerse. Si alguna parte tuvieron tales cosas en aquellos sucesos, fué... haberlas perdido.

El desamor á lo nuestro y el no saber apreciar el valor de nuestras cosas fué causa sin duda de que salieran, sirviendo de cuña y almohada á unos cajones de tapices que desde Sevilla se llevaron á París, riquísimas y admirables obras de la Biblioteca Colombina. Entonces el Sr. Fabié (cuyos restos están todavía calientes cuando esto se escribe, y de quien se aprecia en estos momentos sus dotes de honradez y amor al trabajo), con palabras que resultaron proféticas, recordaba en el Senado nuestra incuria por lo sucedido con el relicario del Duque de Gandía, con la capa del Duque de Frías y hasta con las coronas de Guarrazar, objetos todos valiosísimos y que han pasado al extranjero, para deplorar estos hechos y dolerse de que pareciera España la Grecia en decadencia, todas cuyas riquezas artísticas se llevó Roma (1). Y efectivamente, Grecia ha sufrido desde entonces el descalabro de Creta y nosotros el de las Antillas.

¡El amor al pasado! De una sola y arrinconada provincia sabe Dios lo que ha salido en pocos años, de objetos artísticos, y si no puedo dolerme de cuanto los particulares entregaron á los comisionistas extranjeros, séame lícito hacer alusiones á lo que por allá se dice de autoridades civiles, militares y eclesiásticas que algún día ejercieron el mando en aquella región, donde antepusieron al amor de la antigüedad las conveniencias mercantiles y el personal provecho. Urnas hay allí de venerables santos, de las que fueron arrancadas las guardas de metales valiosos; arcones góticos detenidos al levantar el vuelo, cartas geográficas, miniadas, de Valseca, que habian pertenecido á Américo Vespucio, según inscripción autógrafa del renombrado nauta, sin que pudiera tener seguridad de su dominio el prócer que las enajenaba... y cuente y recuerde cada cual lo que ha visto u oído en las regiones que conoce, y el relato del amor á lo pasado se hará más extenso de lo que conviene á nuestro propio rubor.

De una ciudad amantísima de sus tradiciones se me dice que últimamente ha salido para Francia una biblioteca formada en parte de manuscritos y códices regionales curiosísimos... y en aquella rica capital no han aparecido, por lo que se ve, las cantidades, muy insignificantes, relativamente, para evitar la emigración de tales preciosidades!

No intento mortificar á nadie con estos recuerdos, pero es necesario aducirlos para corroborar que la antigüedad y la tradición artística, que el tufo de la leyenda y de la estirpe no son los olores que hoy nos desvanecen seguramente.

No pretendo que sobre el orgullo de raza bien entendido se fundamente toda la

(1) V. *Grandezas y decadencia de la Colombina*, por Mr. Henry Harrisse Esq.—Versión castellana autorizada por el autor.—Tirada de 100 ejemplares.—Sevilla, imprenta de *El Universal*, 1896.

civilización; pero ¿será esto jamás estorbo para la regeneración que desatentadamente se busca? El amor de lo nuestro ¿será tan pecaminoso y malsano que exija el anatema y la desinfección?

No caben más consideraciones en estas líneas, y clara y explícita es la conclusión que perseguimos. A la villa de Madrid se le delata y acrisola una de sus más legítimas glorias: ¿se resucitarán, siquiera momentáneamente, los recuerdos del gran sainetero de este pueblo, para que dejen una semilla de ese pasado que execramos ó ponderamos sin la molestia de conocerlo? En manos de la villa de Madrid ha puesto el Sr. Cotarelo un nuevo y desconocido D. Ramón de la Cruz.

¿Quid faciendum?

J. L. Estelrich.



Hojas.

Vi el cristal á través de la niebla,
á través del cristal vi tu velo,
á través de tu velo tus ojos,
á través de tus ojos el cielo.

Si te pasas por mi casa,
no te acerques á mi reja,
pues, si la rozas, los hierros
pondrás rojos de vergüenza.

Fernando José de Larra.



JUAN EL TUERTO

(LAPSUS...)

Las continuas y ruidosas victorias de los ingleses en el Sur de África inspiran grandes cosas á los redactores de *Black and White*, ilustración británica que siente pujos amorosos por Chamberlain y los hace públicos burlándose de Holanda, de Bélgica y de España.

El chistosísimo poeta de *Black and White*, grande y generoso como buen inglés, escribe lo siguiente, para regocijo de sus compatriotas y alta satisfacción del hombre del monóculo:

«Hace poco llegó de España un mensaje para lord Chamberlain diciendo: *Ahora que en todas partes se discute las noticias de los fracasos británicos, te envían un saludo las naciones moribundas.* Si España se une á nuestros enemigos, desde luego perdemos la esperanza de levantarnos: nuestra ruina es cierta. ¡Caramba! ¡Si á estos Quijotes les viene en voluntad, de un golpe harán que perdamos nuestro lugar entre las potencias! Vana sería la lucha de la pobre Inglaterra contra la gran Bélgica, España, Holanda y Andorra: con tan temibles enemigos en el campo, muy pronto se nos obligaría á someternos, dando al traste con nuestras esperanzas de imperio. ¡Oh severos y sarcásticos españoles! El Sr. D. José Chamberlain está sin duda convenientemente humillado; y nosotros, compatriotas suyos, también humillaremos la cabeza cuando se haya aniquilado nuestro decadente poderío.—Pero puede ser

que no suceda; y si España perdió sus colonias del otro lado del Océano por esperar el mañana, nosotros también esperamos que nos toque la vez. Y ya lo ven ustedes: sí, señores, mañana.»

No ignoro que todo esto se lo ha inspirado á tan sarcástico y chistosísimo enano de la venta los recientes y decisivos triunfos de Inglaterra sobre los transvaalenses, pues es natural que el pueblo de las nieblas gallee con los pequeños Estados á raíz de sus victorias sobre una nación tan prepotente como el Transvaal. Porque Inglaterra es así: desprecia los Estados ruines como Bélgica, Holanda y España; pero en cambio y sin preparativo alguno, como conviene á los grandes gigantes que se comen crudo el planeta, hace frente á la temible y poderosa república sud-africana, y la vence y la subyuga en cuatro días, pasmando á los grandes estadistas de Europa la rapidez de la conquista.

Inglaterra, entusiasmada, cantará sus victorias con los mismos himnos patrióticos con que cantó sus ruidosos triunfos sobre el Transvaal en 1881. Entonces por toda la Gran Bretaña no se oía más que el entusiasta y expresivo cántico guerrero:

¡Qué palos les dimos
ellos á nosotros!...

y ese hermoso cántico, que transporta de júbilo, resuena hoy en todos los rincones de la humilde y magnánima Inglaterra.

Felicitó cordialmente al poeta de *Black and White* que, como todos sus compatriotas, mira el mundo al través de un monóculo de vidrio, que tiene, sin duda, el color de lo pequeño cuando tanta pequeñez advierte el único ojo hábil de que dispone la gran puerta del mar del Norte.

¡Oh pueblo generoso y vapuleado! Alardea de poderío y rieta de los pequeños; pero dirige al África tu sin par monóculo... y, á lo que estamos, tuerta.

Que aún no vivimos en tierra de ciegos.

Don Gil de las Calzas Verdes.



Á nuestros lectores.

Tenemos el gusto de anunciar á ustedes que desde el número próximo publicaremos sin interrupción la *Historia cómica de España*. Así respondemos á las numerosas cartas recibidas en esta Redacción y damos gusto á todos.

El pliego de *Monumentos* alternará en lo sucesivo con el correspondiente á *Cuadros y Obras maestras de la dramática*.

Y aquí paz y después gloria.



Por correo.

E. G.—Madrid.—Burlón y atrevidillo andáis... Un poco más y pedis la luna, lector amigo. Gracias que puedo dejaros á la de Valencia, que siempre es un consuelo.

Un lector de MISCELÁNEA.—Madrid.—Pero, alma de Dios, ¿de veras cree usted que no son célebres los cuadros que publicamos? Ya saldrán el de *Las Meninas* y todos los del Museo. Respecto de las tapas y del *Almanaque*, avisaré con oportunidad, si es que los hay; y fíjese usted en que estamos publicando actualmente todo lo que hemos ofrecido, excepto música y la *Mitología*, qué, Dios mediante, daremos pronto para completar nuestro programa.

Chung-Chung.—Madrid.—No me gustan. Usted escribe con bastante corrección, y en estas composiciones no veo yo al Chung-Chung de otras veces: mande alguna otra cosa, si es de su gusto enviarla.

M. T. y C.—Madrid.—No puede ser. Ya adverti-

mos en la segunda página de la cubierta que no devolvemos los trabajos.

R. G. H.—Granada.—Tampoco usted escribe mal; pero estos *retazos* son flojos, muy flojos. Los adjetivos han de ser valientes, y además propios del sustantivo que calificquen. Decir que la muerte es *pálida*, por ejemplo, es muy propio, puesto que la palidez es propiedad de la muerte; pero afirmar que hay cuerpos de *formas livianas* porque la exuberancia ó hermosura de tales formas exciten á los placeres livianos, es un atrevimiento que le quita gallardía á la expresión y propiedad al lenguaje, hasta el punto de decir lo contrario de lo que se piensa.

P. A. y S.—No, señor; no trato de dar á usted lecciones de Retórica. ¡Dios me libre! Ya me figuro que la conocerá usted perfectamente; pero... le recomiendo la de Campillo, que no es mala.